

JUNTA DIRECTIVA

Director:

R. P. Rubén Vargas Ugarte S. J.

Secretario:

José Velez Picasso.

Tesorero:

Pedro Benvenuto Murrieta.

Bibliotecario:

Guillermo Lohmann Villena.

Vocales:

R. P. Pedro Villar Córdova

Jorge Zeballos

Raymundo Morales de la Torre

-| 8 de setiembre de 1936

Honda y dolorosa impresión produjo en el claustro de la Universidad Católica y en nuestra ciudad y en todas las personas que lo conocían la inesperada muerte del Dr. Raimundo Morales de la Torre, acaecida en Curahuasi, departamento de Apurímac, cuando acompañaba al Ministro de Justicia a la inauguración de la Corte Superior de Abancay.

El Dr. Morales de la Torre fué uno de los fundadores de la Universidad Católica y uno de sus más constantes colaboradores ya que la sirvió ininterrumpidamente desde 1917. Fué su Decano de la Facultad de Letras hasta 1934 y profesor de los cursos de Historia General hasta su muerte. Los alumnos recordarán siempre las clases de Morales de la Torre por la emoción, por el colorido y por la amenidad que les imprimía, y por la cautivante evocación que hacía este experto CRONIQUEUR de ambientes, modas, personajes y paisajes.

La Universidad recordará con renovada emoción al viejo maestro desaparecido, que la sirvió desde su iniciación, cuando sus pasos eran débiles y vacilantes y cuando eran pocos los que querían pertenecer a sus claustros. Cuando ella sea árbol frondoso y puerto amplio, confortable y frecuentadísimo tendrá siempre palabras de gratitud para aquellos como Morales de la Torre que la acompañaron en sus primeros pasos.

La Revista de la Universidad Católica a la que él estimuló y cooperó expresa su tristeza y confía con fundamento, que estará ahora a la diestra de Jesús, entre los benditos de su Padre.

En el sepelio de los restos del Dr. Morales de la Torre, que dió lugar a una sentida manifestación de condolencia y en la que anotamos la presencia de prominentes personalidades de nuestro mundo oficial, social y diplomático, las autoridades y profesores de la Universidad y gran cantidad de alumnos, se pronunciaron los siguientes discursos:

El del señor Ossio, Director General de Prisiones:

Señores:

Designado por el Ministerio de Justicia para dar cumplimiento a la dolorosa misión que nos reúne en este sagrado recinto, traigo, con la palabra oficial, el emocionado adiós de despedida de los que, unidos por el noble vínculo del trabajo, pudimos aquilatar, desde cerca, las excelsas virtudes de Raimundo Morales de la Torre.

En el cumplimiento del deber, de ese deber que fué para él norma inviolable, le sorprende la muerte; desenlace abnegado en quien alentó siempre el propósito de hacer de su vida, paradigma luminoso y señero.

Porque si en el campo del arte trasmitió a la literatura la delicadeza de su inspiración sutil, resplandeciente en las páginas primorosas de su prosa exquisita; si como hombre de estudio, esparció, generoso, desde la cátedra, la semilla fecunda del saber; a la vida entregó el ejemplo brillante del varón probo y sin tacha que enalteció la función pública, ejerciéndola con altura imponderable.

Nacido en 1885 en el respetable hogar que formaran el distinguido caballero don Raimundo Morales y la virtuosa dama limeña doña Mercedes de la Torre, desde temprana edad dio muestra de su precoz talento al iniciar sus estudios en el Colegio de la Recoleta, para continuarlos después, con singular éxito, en la Universidad de San Marcos. Muy pronto sus esclarecidas dotes le llevaron a regentar, en esa ilustre Casa, la cátedra de Historia de la Civilización Antigua. Auténtico apóstol del magisterio, cúpole, posteriormente, desempeñar los cursos de Estética y Literatura Moderna en la Universidad Católica, de la que fuera uno de sus fundadores y Decano de su Facultad de Letras; ampliando su labor didáctica al primer instituto militar del país. Verdadero modelador de almas, aunó a su actitud docente, una amplia comprensión humana, reuniendo, en su turno, generación tras generación, apretado haz de jóvenes discípulos, de los que supo ganar, con espíritu preclaro, leal y fervorosa adhesión.

Iniciando su carrera pública en el Poder Judicial, es en la Administración, desde la Dirección General de Justicia—cargo que otrora cupiérale desempeñar a su ilustre padre—donde su madurez intelectual le permitió obtener sus más logrados frutos. Y, cuando por circunstancias emergentes hubo de asumir, interinamente, la Dirección del Ramo, que hoy, inmerecidamente, ejerce el que habla, lo fugaz de su paso fué compensado, ampliamente, con la hondura de la huella impresa en tan breve lapso.

Este hecho, así como la contigüidad de lugar en el ejercicio de la función, permítanme considerarme testigo de excepción para apreciar la labor diaria de

Raimundo Morales de la Torre, en la que no se sabía qué avalorar más: si lo indeclinable del esfuerzo o la noble finalidad a que iba siempre enderezada.

Por eso, al darle el adiós definitivo al compañero de labor de todos los días, rindo respetuoso homenaje a quien en vida erigióse en ejemplo próspero y perdurable.

He dicho.

A continuación habló el señor César Patrón, en nombre de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, expresándose en los siguientes términos:

Señores:

Adelantándome sorpresivamente al término normal de esa breve marcha sobre la Eternidad, que solamente sabemos cuando se inicia. Raimundo Morales de la Torre nos trae acá, a éste refugio de la paz y de la efectiva fraternidad humana, para darle la despedida dolorosa.

Hombre de letras en la cabal acepción de concepto, su cultura polifacética se vierte generosa en libros, en colaboraciones de diarios y revistas, en conferencias y en esa su ágil, delicada y afable conversación que no podrán olvidar quienes tuvieron la oportunidad de disfrutarla.

El equilibrio y la armonía de su vida interior eran incompatibles con situaciones de lucha: nunca llegó a ellas, sus actividades se deslizaron sobre planos de cordialidad y comprensión. No eran para él las horas agresivas que vivimos.

Cultura selecta, vitalidad benévolamente expansiva y elevación sentimental, las más altas características del auténtico maestro, le llevaron a la Universidad desde hace cerca de treinta años, cuando aun no había salido de las aulas estudiantiles.

La Facultad de Letras de San Marcos, a la que vinculó su vida, desde los atardeceres ya lejanos en que escuchábamos las descripciones de sus viajes, imprecisa la frontera de la realidad y la fantasía, hasta sus últimos días en que se deleitaba con aquel placer intraducible y penetrante de sentirse comprendido, quiere dejar ante esta tumba más que la elocuencia de un discurso la vibrante inquietud de una emoción intensa, dolida y sincera.

Enseguida el R. P. Rubén Vargas Ugarte, a nombre de la Universidad Católica pronunció la siguiente oración:

Vengo en nombre de la Universidad Católica del Perú, de sus Catedráticos y alumnos a hacer pública manifestación del hondo pesar que ha causado en todos nosotros la rápida desaparición del Dr. Raymundo Morales de la Torre, uno de sus fundadores y miembro esclarecido de su claustro, desde el día mismo en que abrieran sus aulas a la juventud estudiosa.

Sin desconocer el justo valor de los discursos que se pronuncian ante una tumba, no quiero que se dé a mis palabras la significación de una mera fórmula

ritual, sino que se vea en ellas la sincera expresión de nuestra condolencia y la real apreciación de los méritos de quien nos acompañó en la Cátedra y vertió su saber en las dóciles inteligencias de nuestros alumnos.

La muerte, entre otras enseñanzas, tiene el singular privilegio de poner de relieve lo que hay de grande en la vida del hombre. Mientras éste permaneció en el escenario de la vida, diríase que su presencia arroja una sombra sobre el brillo de sus acciones y si no nos obliga a pasarlas en silencio, por lo menos sella discretamente nuestros labios a la extemporánea alabanza y aún nos mueve a regatear el encomio. Con menos viveza, debido a la asiduidad en el trato, nos hieren las cualidades de aquellos que conviven en nuestra compañía y es preciso que venga la muerte a arrancarlos de nuestro lado, para que, al desvanecerse el velo que las encubría, se nos muestren en la plenitud de su luz y nuestro labio les haga entera justicia.

He ahí, señores, lo que ahora nos ocurre ante los inanimados restos del Dr. Raymundo Morales de la Torre. Cuantos le vimos, afable y sonriente, acudir a las aulas de la Universidad Católica, a dictar sus lecciones de Historia Antigua y Moderna o de la Cultura; cuantos escucharon al profesor y al artista trazar en breve y animada síntesis el cuadro de las remotas edades o indagar el progresivo desenvolvimiento de la cultura humana, no llegamos, sin duda, a aquilatar debidamente el esfuerzo y la valía que se ocultaban tras aquella aparente facilidad del maestro, pero hoy la recordamos no sin melancolía y no podemos menos de lamentar el vacío que deja en nuestro seno.

Otros con más conocimientos de causa y más competencia que yo, se encargarán de hacer el recuento de sus actividades en la vida civil y en el desempeño de sus funciones públicas, yo me concretaré a hacer resaltar su labor como Catedrático de la Universidad Católica y fundador de la misma. Lleno del levantado ideal que inspiró su establecimiento entre nosotros, coadyuvó con entusiasmo y desinterés en la penosa tarea de su creación y adelantamiento y, en medio de las vicisitudes porque hubo de pasar, no desconfió jamás del porvenir brillante que la esperaba y de la alta misión, científica y nacionalista, que habría de ejercer en nuestra patria. Miembro de su Consejo Superior la asistió con sus luces y oportunas indicaciones y preparó, de este modo, el florecimiento actual de sus Escuelas y la plena fructificación que para bien de la Iglesia y el Perú, le aguarda en el porvenir.

Dolorosamente ha venido a sorprendernos su pérdida, pero, acaso, habida cuenta de su fé cristiana, el menos sorprendido de todos habrá sido él. Para nosotros los cristianos, la vida presente no es sino un punto de espera y la tierra sólo un lugar de tránsito. Sabemos que la vida es breve y no aspiramos, en frase de la Escritura, a esta ciudad, que como la tienda del viajero hoy se alza en el desierto para desaparecer mañana, sino a la ciudad de la luz indeficiente y de la imperturbable paz. No somos, como decía el célebre Cardenal Newman, obremos del tiempo sino de la eternidad.

Todo esto lo sabía el Dr. Raymundo Morales de la Torre, educado, desde su infancia, en los salvadores principios de la religión cristiana y, por lo mismo,

lejos de turbarse ante la aproximación de la muerte, hubo de hacer suyas estas estrofas del insigne Juan Cruz Varela:

Sin que me aflija roedora duda
bajaré impávido a la eterna noche,
y las riberas pisaré tranquilo
del Aqueoronte.

Iré a presencia de mi Juez severo
sin ese miedo que al impío turba;
que por mi causa no corrió en la tierra
lágrima alguna.

Y ahora, señores, permitidme que en representación del Rector de la Universidad Católica, de su Rector y Catedráticos y de todos sus alumnos, deposite sobre estos restos una corona de simprevivas y, lo que vale más, la oración común, elevada por su alma y unida a la que eleva la Iglesia ante los despojos de sus hijos, que si es ósculo de madre aplicado a sus yertas frentes—es, sobre todo,—himno de esperanza que la hace repetir, para acallar su dolor, la frase del Divino Maestro: El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá eternamente.

Terminado el discurso del R. P. Vargas, hizo uso de la palabra el doctor José de la Riva Agüero y Osma, Decano del Colegio de Abogados, pronunciando el siguiente discurso:

Señores:

Vengo a pronunciar breves, sinceras y afligidísimas palabras, mucho más que como Decano del Colegio de Abogados en los funerales del Director de Justicia, como condiscípulo y fraternal compañero, en la tumba del que fué mi amigo de todos los tiempos y de toda la vida. Su muerte inesperada despierta en mi alma el eco de profundas memorias.

Juntos estudiamos desde el primer año de escuela primaria y rudimentos, en la Recoleta. Nuestras mentes amanecieron a la vez en el inicial aprendizaje de la literatura; y crecieron, en la bullidora y penerosa adolescencia universitaria, admirando con unisonos entusiasmos la gradual revelación de los dechados de la poesía y las artes. Morales no se inclinaba al cultivo de la Filosofía ni de las Ciencias Sociales y Jurídicas: su vocación fué desde temprano la Estética, el amor a los bellos versos y a la prosa rica y matizada, rotunda y musical. Después, en sus viajes por Europa, depuró todavía el gusto. Ya en el último, no hace muchos años, rememoro sus atinadas observaciones sobre las perspectivas y conjuntos monumentales de las grandes urbes, su fervor en los museos, su sentida apreciación de la Naturaleza, catador de paisajes, perito en co-

lores y ritmos. Numerosos destellos de su amenísima y sazónada conversación han pasado a sus opúsculos; a los cuentos, artículos y disertaciones que limó y publicó en ocasiones diversas, a modo de fino *dilettanti*, muy delicadamente y con excesiva parquedad. Pero no lo podrá avalorar en todo su mérito (y es otra inmensa lástima de su sorpresivo fallecer), quien sólo a sus escasos escritos se atenga; porque hablando, charlando y dialogando era donde en verdad descubría las condiciones criollas y limeñas de su ingenio zumbón y leve, sagaz y experto, de blando satírico, de ironista sin hiel. Raymundo Morales era un hombre a la par inteligente y bueno, de cerebro agudo, y de corazón leal y sensible. La viva imagen de sus cualidades, evocadas aquí, cuando nos parece, frente a la cruel evidencia, increíble la noticia de su desaparición, aumenta el dolor que hoy nos embarga; y hace ásomar a mis ojos las lágrimas de mi acendrada, perpetua y efusiva amistad. Testigo de mi existencia desde la niñez, en su sepulcro velarán, como guardianes fieles, los recuerdos de mis más felices épocas. En la dura senda que aun queda por recorrer, y ya se acorta, me veo, con indecible amargura, privado de la cariñosa voz que fue para mí siempre consejo desinteresado y sano, afecto incontrastable, prudente aviso, y consuelo de incomprensiones, ingrattitudes e insidias; y en esta congoja, os pido ahincadamente, como postrer tributo para el amigo que todos lloramos, que unais vuestra plegarias a la mía, rogando al Dios de las misericordias que le conceda la suspirada y eterna paz.

A continuación el señor Manuel Gallagher pronunció, a nombre de la Asociación de Exalumnos de la Recoleta, la siguiente oración fúnebre:

Señores::

La Asociación de Ex-Alumnos del Colegio de los Sagrados Corazones quiere despedirse de uno de sus más ilustres miembros y encomienda decir su hondo pesar a quien ha sido amigo íntimo y constante. Me despijo de un hermano.

Raymundo Morales de la Torre pertenece a una generación que comenzó su vida cuando la Patria curaba las heridas de una guerra nacional. La infancia de aquella generación se desarrolla en un ambiente de pobreza y de dolor; las madres llevaban todavía en la sencillez de sus vestidos y en la negrura de sus mantos, el luto que invadió sus corazones; los niños y los jóvenes de aquella época no conocían el bienestar económico; la Patria rehacía su patrimonio y el medio ambiente impuso desde la niñez la convicción del trabajo indispensable y del esfuerzo constante. La alegría debía nacer de la fé espiritual; la felicidad debía alcanzarse por la íntima satisfacción del deber cumplido, por el dulce cansancio del actuar provechoso, por la tranquilidad y el amor, por el continuo prodigarse y esforzarse por la Patria y por los seres más queridos.

Raymundo Morales de la Torre vivió en la afabilidad de un hogar santo, alentado día a día por el amor insustituible de una madre a quien adoraba y por la conducta ejemplar de su anciano padre, quien en las veladas íntimas le relataba las tristezas recientes que sufrieron Patria y Familia.

Raymundo Morales de la Torre se prepara para la vida ingresando al Colegio de la Recoleta. No necesitó evitar las consecuencias de rencillas colegiales porque nunca fué provocado, porque jamás las buscó. Desde entonces reveló su afición a los estudios literarios y artísticos, dejando sentir la delicadeza de su gusto, su refinamiento espiritual y su clara inteligencia. Va a la Universidad y continúa el sendero de sus inclinaciones literarias. Obtiene el título de abogado, pero no se dedica a la profesión. El doctorado en letras, el aprecio y estimación de todos sus conocimientos y su lenguaje elegante y sencillo, lo llevan al profesorado en la Universidad Mayor de San Marcos, primero, y en la Universidad Católica, después. En su vida de estudiante y profesor estuvo siempre rodeado de verdadera simpatía y de amistoso afecto.

No me corresponde hablar de la actuación del maestro, ni de su labor administrativa. Despido al amigo íntimo, al que fué leal y sincero compañero en el colegio, en la Universidad y en la vida toda. Raymundo no conoció el odio, ni el rencor. Su alma bondadosa y romántica estuvo siempre inclinada al bien; fué el amigo dispuesto en todo momento al sacrificio, a la cooperación, que provocaba la consulta íntima, la confidencia, para oír su consejo sentimental y su palabra comprensiva. Siempre tendió su mano amiga a quien le llamó en su auxilio. Jamás criticó, ni censuró. Espíritu selecto y delicado, buscó la felicidad íntima en el sosiego del hogar, encontrando en el amor de los suyos la paz interior que aconsejó a los demás. Su vida en un continuo trabajar y un perpetuo desprendimiento en favor de los que le rodeaban. En las dos ocasiones en que abandonó el suelo patrio, no persiguió el descanso ni placeres, porque fué en busca de salud para los suyos, y en su visita a los grandes centros de cultura y civilización, aumentó el caudal de sus conocimientos y enriqueció su gama sentimental.

La vida de Raymundo Morales de la Torre se ha extinguido ocupando el mismo cargo que desempeñó su respetable padre en la administración pública, demostrando así que supo seguir el ejemplo de quien le dio vida, nombre y enseñanza. Raymundo Morales de la Torre deja recuerdo de paz y tranquilidad, no deja ningún rencor, no deja ningún resentimiento. Su memoria queda envuelta en tibia tristeza crepuscular. Amó a los suyos, dispensó hondo, sincero y leal afecto a sus amigos, tuvo palabras de consuelo y esperanza para todos, trabajó siempre y no conoció enemigos. Bienaventurados los que así viven, porque al morir serán llorados. Dios ha recogido un hombre justo.

Después de terminado el discurso del señor Gallagher, hizo uso de la palabra el R. P. Melchor Abautre, quien en breves y sentidas frases, expresó el dolor de la Alianza Francesa, ante la irreparable pérdida que ahora sufría.

Con lo que terminó la ceremonia.
